

Francisco Hederra C.

Un hombre



TENIA sobrados motivos para sentirme satisfecho y hasta alegre. Había ganado el diploma que me titulaba de abogado y autorizaba para ejercer como tal; empeño al que había vinculado esperanzas y alegrías y, sin embargo, no sentía ni satisfacción, ni contento, ni aquella sensación de libertad, desenredo, que ha de sentir una crisálida cuando se rompe la última envoltura que le impedía abrir las alas, agitar los élitros y torzos y lucir a la luz sus brillantes colores de Imago. ¡Vaya uno a saber el secreto de nuestras voliciones, el porqué a veces una realidad largamente buscada y difícilmente obtenida nos deja casi indiferentes o sin las satisfacciones o alegrías que esperábamos, y una simple ilusión nos da todo aquéllo!

Un diploma ¿qué más da? Es como un carnet que acredita identidad universitaria y no buenos o malos antecedentes; como la espada y el galón que recibe el cadete y le hace oficial. Falta saber cómo se servirán el uno de su diploma y el otro de sus armas. Así pensaba, leyendo y volviendo a leer mi flamante diploma, sin-

tiéndome ahora más ligado que antes y más perplejo, ante el problema de mis futuras actividades y su determinación. ¿Ejercería la profesión de abogado libremente o asociado a otro u otros, como es frecuente hacerlo, o me dedicaría a la carrera judicial que es honorable y asegura un buen retiro?

Creí resolver mi problema optando por la carrera judicial; empezaría por ser secretario en un juzgado, si no en la capital, en provincia. Es mejor aprender a obedecer para saber mandar, y pisando los primeros escalones se llega con más seguridad y aplomo a los últimos, me dije pensando en perogrullo.

Cuando estudiante había servido de amanuense a un distinguido abogado, y encargándome de los trajines menudos me hice familiar en los estrados judiciales, conocedor de métodos y procedimientos, argucias, macuquerías, subterfugios, triquiñuelas que fueron formándose mala idea de la abogacía. Vi que en el fondo de cada abogado hay, quiéralo o no, un tinterillo alerta y hasta un posible malvado futuro, ya que el propósito abogacil es torcer la ley en su favor o interés, y por este camino puede irse muy lejos. Pensé, entonces, que más valía evitar las tinterilladas ajenas que ejercitar las propias, desembrollar la justicia que embrollarla, y me decidí por la carrera judicial.

Me fué relativamente fácil, gracias a mis influencias de familia, obtener el puesto de secretario en un juzgado de provincia, y no vacilé en ir allá, a pesar del sacrificio que significaba abandonar mis hábitos y cariños

santiaguinos, y a sabiendas que iba a encontrar gentes nada cordiales en un medio y ambiente inferiores. No me recibirían con buena voluntad, porque llevaba una mala acción adelantada: haber atropellado derechos ajenos, no válidos ni revalizados en ejercicio, pero siempre respetables. Algunas caras agrias, descomedidas; ademanes de enojo, comentarios biliosos y siúuticos, siu-tiquerías y pelambres por mayor y menor era el panorama que había resuelto encarar. Era necesario pagar el noviciado y el salto sobre muchos, y golpearme un poco para hacerme más duro, sufrido y adaptable.

Un día me dirigí a la ciudad de U, capital de provincia, con asiento de corte, con mi nombramiento de secretario en el primer juzgado. El juez me recibió indiferente y desganado; pero noté que me examinaba a hurtadillas, como examina un ser débil y marchito a otro fuerte y floreciente, sin poder disimular un rencor instintivo. Me dió la impresión de un hombre cansado antes de tiempo, de salud precaria, posiblemente un gran mañoso.

Los empleados me acogieron con reservas y tuvieron largas miradas para mi bien cortado traje y mi apostura nada vulgar. Debe haberles hecho buena impresión mi modo franco y sencillo, mi andar firme y decidido como de hombre que ha practicado foot-ball, box, natación, y a quien no se puede atropellar así no más, porque se le adivina el puño recio y ágil.

Como ya tenía conocimientos de los tejes y manejos judiciales, muy luego estuve al corriente de lo que había

que hacer, y, según me pareció, mi jefe empezó a formarse buena idea de mí, desanudando un poco su reserva.

—¿Ud. ya tenía práctica de estrados? me preguntó en una ocasión; y como a mi respuesta afirmativa agregué noticias y di el nombre del abogado con quien había hecho práctica, dijo: un gran abogado es fulano.

—Tiene Ud. gran entusiasmo y voluntad por el trabajo, me dijo otra vez.

—Sí, señor.

—Es Ud. muy joven y vigoroso.

—Veinticuatro años, señor, y mi salud es desvergonzadamente buena y he practicado todos los deportes.

Poco a poco me fué abandonando algunos de sus quehaceres diarios y llegué a hacer parte de su trabajo.

—¿Ud. pertenece a la familia V?

—Sí, señor, por mi padre, y a la de H por mi madre.

—¿Qué es de Ud. el ex ministro del interior V?

—Tío.

—¿Y el juez de la suprema, H?

—Primo de mi madre.

Una mañana me mandó decir que no podría ir al juzgado, que actuara por él en lo que fuera permitido y que le hiciera el favor de llevarle personalmente el despacho a su casa, para la firma.

Fuí. Su esposa, una mujer espléndida, en cuyos ojos asomaba un temperamento apasionado, acostumbrado a dominar, me introdujo hasta el dormitorio donde estaba

mi jefe arrebujaado en un grueso pañolón. Leyó y firmó sin observaciones ni reparo.

—Muy bien, señor secretario, gracias.

—Y como hiciera yo ademán de salir, me dijo:

—No se vaya.

Y alzando la voz:

—¡Anita, venga!

Entró la señora.

—¿Ud. no conocía al señor secretario?

—A penas de vista y a la distancia.

—Salgo muy poco, señora.

Ella estuvo amabilísima, expresiva y llena de gracia. Me interrogó con curiosidad sobre mis impresiones de recién llegado, y me pareció perfectamente informada de mi procedencia familiar y hasta me pidió noticias de algunos de mis parientes.

—Comprendo que se aburrirá a morir, aquí.

—No tanto, señora, lo no conocido tiene atractivo de novedad.

—Cuando se sienta aburrido venga a visitarnos.

—Sí, venga a ésta, su casa, dijo él.

Salí de allí llevando una impresión amable. Ella era francamente codiciable y no lo ignoraba.

Les encontré en la función vermout de un biógrafo y me acerqué a saludarlos.

—No tiene por qué dejar la butaca, no está ocupada, me dijo ella una vez.

Y me quedé a su lado. Y fué para mí una sorpresa cómo vibraba, se estremecía cuando las escenas de amor

en la pantalla; cuando encendieron la luz vi sus ojos chispeantes con alza de temperatura.

Un sábado, me dijo el juez:

—Hoy es nuestro aniversario de matrimonio y tendremos invitados a comer en casa. Anita y yo contamos con que Ud. nos hará el honor de acompañarnos.

Eramos doce los comensales. Tres ministros de la corte y sus esposas, el otro juez y esposa, los dueños de casa, una hija de uno de los ministros y yo.

Comimos bien, bebimos bueno, charlamos alegremente.

Se hizo un rato de música, cantaba agradablemente la esposa del juez colega, aunque su voz no era de volumen, y bailamos al son de una victrola.

—¿Baila Ud. tango? me dijo Anita.

—Sí, un poco.

—Yo también.

Colocó un disco y empezamos. Bailaba ella muy bien, con mucha expresión y contacto felino, disimulado en elegancia y novedad, y yo me esmeré en no quedar mal.

—Es Ud. maestra, le dije.

—Con un compañero como Ud. resulta fácil... Oiga: los sábados de seis a nueve tiene mi marido un partido de bridge aquí en casa... Venga Ud. y mientras ellos juegan ejercitamos el tango.

Y me miró de un modo intencionado.

—No sé si debo.

—Sí, venga, lo espero.

Fuí. La sentía vibrante, cálida, abandonada en mis

brazos y cada vez fué más expresiva su actitud. No podía engañarme en una ilusión de mi amor propio y vanidad de hombre; aquella espléndida mujer se me ofrecía, se me daba... ¿Y el marido? Noté, a veces, que nos seguía con la mirada y el gesto resignado.

Aquéllo era para reflexionar y ponerse en guardia; pero todas mis reflexiones y propósitos quedaban en nada ante la tentación tan viva y repetida. No se podría, impunemente, seguir aquel juego peligroso y agradable, y traté de reprimirme, pero me resultó contraproducente, porque Anita, exasperada, hizo más claros sus propósitos y mayor el peligro de ser notado.

¿Qué clase de mujer era aquélla? No me importaba saberlo, ni lo necesitaba ante la realidad de sus atractivos. Sabía ya demasiado para el deseo joven, viril, imperativo, para mi tentación viva y alerta y hasta para mi vanidad de macho.

El sábado, en la hora crepuscular, llegué hasta su casa, y antes que tocara el timbre se abrió suavemente la mampara y me recibió Anita con gesto de silencio. Me hizo entrar en una salita sin alumbrar y tomándome las manos me dijo con voz suavísima de ruego: ¡Que no me ve que estoy loca por Ud. desde que lo conocí!... ¿No le gusto? Dígamelo...

—Sí, Anita, me encanta Ud., pero...

—No hay pero que valga. Si le gusto aquí me tiene.

Y se echó en mis brazos ofreciéndome su boca en un beso interminable.

—Ahora váyase y vuelva en cinco minutos mas, pero nada más que cinco.

Sali. El aire fresco me calmó un tanto y francamente pensé no volver, pero una fuerza superior a mi voluntad me llevó de nuevo allí.

—Creíamos que ya no vendría, que le había cansado esto de seguir la partida de juego.

—No, Anita, cada vez me interesa más y deseo aprenderlo, para cuando falte alguno de los de la partida poderle reemplazar.

—Muy bien, dijo el marido, así tendremos un compañero que no fallará.

Me dejaron a comer, y Anita estuvo encantadora, llena de tacto y discreción y más bella que nunca.

—¿Y qué piensa hacer mañana domingo? ¿Alguna excursión en auto?

—No, Anita; toda la mañana la ocuparé en casa, en ordenar un expediente que urge.

—Ah! sí, dijo el marido, el que veremos el lunes, la partición H.

—Sí, señor.

—Pero puede hacerlo a primera hora el lunes.

—Prefiero mañana, con más tiempo.

—¿Y en la tarde? dijo ella.

—Tal vez haga una excursión en auto.

—Puede ser que nos encontremos. Nosotros también iremos de paseo.

No hacía media hora, aquella mañana, que estaba

examinando mis papeles, cuando oí golpes discretos en la puerta de mi escritorio. Abrí, y mi sorpresa fué grande viendo que era Anita. Entró, cerrando ella misma.

Se quitó los guantes, el sombrero, el maletín y se echó en mis brazos murmurando:

—Ya no pude más, aquí me tiene, suya, suya. . .

Salió dos horas más tarde, dejándome sorprendido de su audacia y cierto de que todos mis buenos propósitos habían sido ahogados bajo la presión de sus lindas manos y de sus brazos hermosísimos, y todas mis protestas sorbidas por sus besos.

Desde aquel día mi vida fué una embriaguez deliciosa con malos momentos a veces, motivados por la vehemencia de Anita, que llegaba hasta la temeridad. Multiplicaba las ocasiones de juntarnos, con o sin conciencia del peligro, dándome inesperadas sorpresas, alarmas y temores. Pero, era tan encantadora e insaciable su sed de amor. . .

Si era conocida nuestra aventura en la ciudad o la sospechaba el marido, y al fin había de reventar en escándalo y tragedia, me tenía sin mayor cuidado: lo que fuera, lo que tenía que ser! El tiempo que estaba viviendo era tan embriagador que bien valía y compensaría todo el mal posible futuro. Había logrado que Anita disimulara y yo me había cambiado en un perfecto hipócrita, tanto que llegué hasta fingirme interesado por una graciosa joven de la sociedad, y con esta estratagema nos sentimos más seguros y confiados.

Una tarde después de largo y fatigoso comparendo judicial, salimos con el juez a tomar un poco de aire fresco. Empezaba a anochecer.

—¿Hasta dónde va Ud., secretario?

—Le acompañaré, señor.

—Vamos hasta su casa, le dejaré allí.

—No, señor, yo le dejaré en la suya.

—Gracias, otra vez será.

Seguimos. No sé qué extraño presentimiento me advertía que iba a ocurrir algo, y guardé silencio, en espera. No podía ver el rostro de mi jefe ni buscar en sus ojos, ni en su gesto alguna indicación de lo que presentía. El me hablaba como de costumbre: deferente, reposado y, poco a poco, se fué borrando en mí la impresión sospechosa.

Llegamos hasta mi casa.

—¿Quiere entrar, señor?

—Sí, voy a entrar, tengo que hablarle...

Una vibración corrió por mi cuerpo, no de miedo, por cierto: mi superioridad física no lo consentía.

Le ofrecí un blando sillón.

—Gracias.

Y sentándose, quedó en silencio algunos minutos, y luego empezó con acento grave, emocionado, sin la menor violencia:

—Ud. no podrá jamás darse cuenta de cuánto me ha costado llegar a esta resolución de hablar a Ud.... Cuánto he meditado y luchado contra mi razón y sen-

sibilidad antes de hacerlo. . . Sé que es Ud. inteligente, comprensivo y caballero, y esto me animó. ¿Cree Ud. que ignoro las relaciones de mi esposa y Ud? Las conocí antes que Ud., porque las presentí, las calculé, las esperé desde el momento que le vi llegar vigoroso y joven. Sé que existen, y hasta podría decirle cómo se han producido: fué mi esposa quien las provocó, la iniciadora en la tentación y en los primeros actos. Se ofreció y se dió sin que Ud. lo solicitara. Le obligó a tomarla, viniendo audazmente a buscarle aquí a su propia casa, y Ud., al fin hombre, aceptó a la mujer bella y apasionada. Fué así, tuvo que ser así, porque mi mujer es una pobrecita enferma que la hace insaciable e irresponsable de conciencia; y como yo estoy ya viejo. . . cansado. . . Yo era como Ud. apenas hace dos años, fuerte, viril. Soy, ahora una sombra. Debilitamiento, me ha dicho el doctor.

Esto que pasa con Ud. se habría producido con otro, fatalmente, y nada lo hubiera podido impedir; y yo, el marido ofendido, que lo sé todo, celebro que haya sido Ud. el elegido por mi esposa y le ruego que no la abandone y también que disimulen, para que no me entreguen a la befa ni al ridículo público que no merezco.

Y enjugó las lágrimas que rodaban por sus mejillas. . .

Tan intensa fué la emoción que me produjo sus palabras y su actitud, que quedé como atontado, sin saber qué decir y hacer. Me hubiese echado a sus plantas como un esclavo. Poco a poco fué calmándose, se puso

de pie y me tendió la mano en ademán de despedida. No creo que volveré a vivir horas de más intensa emoción que aquéllas, ni a pasar una noche más larga de insomnio, de cavar y cavar más hondo en la enorme miseria de la vida, ni de repetir una pregunta más angustiosa: ¿Qué haré? ¿Qué debo hacer?